

y desapareció casi en seguida entre una nube de polvo.

—¡Voto á sanes, Svirski mío!—exclamó el pintor hablando consigo mismo, mientras el coche le conducía á Varsovia,—¿qué dices de esto? ¿A dónde ha ido á parar toda tu alegría? ¿Por qué no le gritas al mundo entero: «¡Al fin me caso! ¿Entiendes, al fin eso, viejo hipopótamo?»

Pero de nada sirvió el aguijón, porque el corazón seguía frío. Sabía muy bien que para él podía ser la felicidad, pero no la sentía. Ya no se comprendía á sí mismo, y esto le produjo un vivo asombro. Había obrado con conocimiento de causa, y con espontánea voluntad; la señorita Ratkovski continuaba siendo aquella dulce criatura, y sin embargo, ¿por qué no le hacía tan feliz como antes la idea de que ella sería su mujercita, y por qué en el fondo de su alma experimentaba casi un sentimiento de desengaño. Svirski no amaba á la señorita Ratkovski, y esta era la respuesta única, y la más sencilla que daba á todas las preguntas que se había hecho.

Al asombro, al estupor, sucedió una gran tristeza, sintió el amor ardiente de que era capaz, y que no amaba como podía amar. Involuntariamente pensó en la señorita Castelli y en Zvilovski, y su alma profundamente artista se le sobrepuso.

Al revés de los hombres vulgares, incapaces de pensar en otra cosa que en lo que les atañe personalmente, se olvidó completamente de sí mismo y de la señorita Ratkovski, para no preocuparse sino del joven poeta y de la singular expresión de aquel rostro inteligente. Tal vez había en él cierta exal-

tación. Sí, pero había además alguna otra cosa, alguna cosa extraña, especialísima, que iba unida á ella.

De repente sintió que un estremecimiento recorría sus venas.

—¡Es una cabeza trágica!—exclamó.

LIII

Pocos días después, á consecuencia de una invitación de Polaniecki, Zvilovski salió para Varsovia. El joven poeta había abandonado con pesadumbre la quinta de Pritulov; pero la señorita Elena había resuelto que él asistiera á la apertura del testamento, y de consiguiente, en cuanto llegó á Varsovia salió en seguida para Jasmien, en compañía de Polaniecki y del notario del viejo Zvilovski.

Cerca de dos días después de su llegada á Jasmien el joven poeta escribió á su novia, pero, como en su carta no hablaba más que de amor, y nada decía del testamento, la señora Bronicz dijo á la señora Anetka que consideraba este silencio como una estupidez por parte del Ignacio, y que en este extraño modo de obrar, había *quelque chose de louche*. En cambio el señor Ornovski expuso su opinión de que indudablemente Zvilovski no hablaba del testamento por delicadeza, lo cual dió lugar á un altercado entre él y la señora Bronicz, la cual acabó por sacar en consecuencia que los hombres en general tenían formado un concepto muy flojo de la lógica y de la delicadeza.

Luego, como si se hallara sobre áscuas, no pudo

contenerse más y marchó á Varsovia, con la esperanza de poder adquirir noticias. Veinticuatro horas consecutivas permaneció allí sin poder lograr su objeto, y sólo al regresar, supo por la señora Masko, con quien se encontró en la estación de Pritulov, y que iba á hacer una visita á los señores Osnovski, que no se había encontrado ningún testamento nuevo del viejo Zavilovski, y que, por consiguiente, la señorita Elena quedaba heredera única de toda la fortuna del difunto.

Durante su ausencia, había llegado á Pritulov una segunda carta del joven poeta, que daba esta misma noticia respecto al testamento y que terminaba diciendo: «Únicamente por tí, Lineta, habría deseado ser rico, por tí únicamente. Con franqueza te confieso, que ya no pienso en esta herencia, y estoy seguro que no será gran cosa la pena que esto te causa á tí, porque sé el poco caso que haces de las riquezas...»

Lineta enseñó esta carta á la señora Anetka, á la señorita Ratkovski, y naturalmente también á su tía, cuando ésta estuvo de vuelta; y de consiguiente, durante todo el día, no se habló de otra cosa en Pritulov que del testamento del viejo Zavilovski; y la señorita Castelli, á pesar de todas las observaciones y de todas frases de pésame, conservó el silencio más absoluto.

Mientras la joven estuvo presente, la señora Bronicz no se atrevió á expresar cuán terrible había sido para ella aquel desengaño: mas en cuanto Lineta se hubo alejado en compañía del señor Kopovski, dió libre curso á su cólera, sin tener mira

niento alguno, y provocando el enojo del señor Osnovski.

—No creo,—dijo éste,—que Ignacio hubiese cesado de escribir si hubiese resultado heredero del señor Zavilovski: pero la administración de una fortuna tan importantante habría reclamado, de seguro, la mayor parte de su tiempo en perjuicio de su ingenio. Creedme, querida tía, yo siempre he considerado á Lineta como una criatura buena y excelente, y siempre la he querido bien; pero á mis ojos, ha adquirido mayor prestigio, desde que Ignacio empezó á quererla. Ser algo para un hombre semejante, es una fortuna que cualquier mujer podría envidiarle á Lineta. Por lo demás, Zavilovski posee una pequeña fortuna, que creo asciende á veinte mil rublos, que en su día se aumentará con el capital, no despreciable, que su viejo pariente donó á favor de su padre, y de consiguiente no se puede decir que sea pobre.

La señora Bronicz alzó los hombros con aire de desprecio, y contestó:

—Lineta no aspira á la riqueza, y lo ha demostrado comprometiéndose con Zavilovski.

—Y luego,—repuso el señor Osnovski,—de seguro que la señorita Elena no se casará, y de consiguiente herederán los hijos de nuestros jóvenes desposados.

Pero el rostro de la señora Bronicz adquirió una expresión más tétrica todavía, y no contestó.

—Pero tía,—prosiguió Osnovski,—hay que ser razonable. Ignacio al fin y al cabo, es el mismo de antes.

—Ya sé,—contestó irritada la otra,—que Ignacio

tiene talento, mas eso no quita que haga un casamiento ventajoso únicamente para él. Naturalmente que los bienes de fortuna no son lo principal, pero el lenguaje con que se espresó el viejo Zavilovski sobre su joven pariente, ha hecho hablar ya á la gente... Ayer rogué por él junto con Lineta... pero ¿de qué ha servido?... Habría preferido que hubiese sido franco, y tanto para mí como para Lineta habría sido mejor que Ignacio no nos hubiese dado á entender que su tío tenia la intención de nombrarle heredero.

—Dispéñseme usted,—le interrumpió vivamente Osnovski.—Ignacio no ha soñado jamás en hacerle á usted creer semejante cosa. Acuérdesese de que ni siquiera quería conocerle, y que usted ha sido quien le indujo á que lo hiciera.

Pero la señora Bronicz se había disparado y ya no había quien pudiera atreverse á intentar detenerla; y de consiguiente contestó con acento irritable:

—A usted tal vez no se lo había hecho creer, pero á mí sí. Lineta lo puede decir. Ya le he dicho á usted que para mí la fortuna no es más que una cosa secundaria, y si yo me acaloro algo hay que buscar la causa en otra parte. Usted nunca ha sido madre, y por lo tanto no puede comprender la angustia de nosotras, las madres, cuando ponemos nuestros hijos en manos ajenas. Y ahora precisamente he sabido que Zavilovski, entre sus muchas buenas cualidades es también colérico. Por mi parte lo creo así, y si así es, esto será la muerte de mi pobre Lineta. El mismo señor Polaniecki me ha hecho saber que Ignacio tiene un carácter furioso...

Polaniecki, su amigo, como que los hombres en general no son capaces de tener amistad, me dijo también que el padre de Zavilovski era igualmente furioso, y que por esto se volvió loco, y que todo eso se hereda fácilmente. Ya sé que Ignacio ama á Lineta, por más que los hombres en general no saben amar; pero ¿hasta cuándo durará ese amor? Usted no puede negar que también es egoísta, por más que todos los hombres lo son. Me parece que ahora no se extrañará usted si yo, una pobre madre, temo al pensar que mi querida hija tiene que ir á caer en manos de un tirano egoísta y loco.

—¡Esto se llama ir de prisa!—interrumpió Osnovski, volviéndose hacia su mujer.

—Anetka parecía que se interesaba en este debate, como si estuviera asistiendo en una comedia. Los altercados entre la señora Bronicz y su marido habían sido siempre para ella un motivo de diversión, y de consiguiente lo era tanto más esta vez que la discusión amenazaba formalizarse.

La señora Bronicz, después de haber lanzado una mirada de conmiseración á Osnovski, dijo:

—A ver, dígame usted, ¿en qué sociedad vive? Se relaciona con los Bigiel, Svirski, Polaniecki, ¡magnífica compañía para Lineta!

—Respecto á esto,—la interrumpió de nuevo Osnovski,—podría decirle que todos nosotros, comparados con Polanieck, somos una manada de *parvenus*. Yo siempre he dado poca importancia á un árbol genealógico; pero ya que me busca usted la lengua, he de contestarle. Usted sabe mejor que yo que Svirski descende de una familia de príncipes, y ésta es una de las personas con quienes Zavilovs-

ki se relaciona. Y ahora hablemos de nosotros. Por lo que á mí me toca, lo único que yo sé, y no me avergüenzo de decirlo, es que mis ascendientes eran quinteros en no sé qué parte de la Ucrania. Sobre la descendencia de la familia Bronicz. Usted puede responder por mí, y de la familia Castelli... más vale que no hablemos.

—Desciende en línea recta de Marino Falliero,— exclamó con tono solemne la señora Bronicz.

—Le hago observar á usted, mi querida tía, que aquí estamos en familia.

—Y si Lineta hubiese querido, hoy sería condesa de Calimacao.

—*La vie parisienne*,—contestó Osnovski.—¿Conoce usted esta opereta? En ella hay un almirante suizo.

La señora Anetka se divertía cada vez más, pero el señor Osnovski, recordando en aquel momento que la señora Bronicz era una huéspedada suya, casi le supo mal de haberse dejado escapar aquellas palabras, y, cambiando de tono, añadió en seguida:

—Pero, ¿á qué viene esa discusión, querida tía? Usted sabe que yo he querido siempre á Lineta, y que deseo con toda mi alma que se muestre digna de Zavilovski.

Eso fué como si hubiera echado leña al fuego, porque la señora Bronicz tomó esta contestación como una ofensa, y, montando en cólera, exclamó:

—¿Qué Lineta se muestre digna de Zavilovski? Esta...

Afortunadamente, la aparición de la señora Masko vino á poner fin á aquella discusión. La señora Bronicz enmudeció, como si la cólera le hubiese

ahogado las palabras en la garganta, y Anetka preguntó á la señora Masko dónde se hallaba el resto de la comitiva.

—Lineta, Kopovski y Estefanía están en el invernáculo,—contestó la señora Masko;—las señoritas dibujan orquídeas, y entretanto el señor Kopovski las divierte.

—¿Cómo las divierte?—preguntó Osnovski.

—Con sus curiosas observaciones, que las hacen reír á mandíbula batiente.

En aquel momento llegó el criado con el correo: Osnovski lo tomó y lo distribuyó.

—¡Para Anetka! ¡Para Anetka!—dijo.—Mi pequeña escritora tiene mucha correspondencia. Esta para la tía, y esta otra para Estefanía. ¿Me permite usted que vaya á entregar la carta á Estefanía?

—Anda, mientras nosotras leemos las nuestras,—le contestó Anetka.

Osnovski fué al invernadero y encontró á las jóvenes atareadas en reproducir al lápiz un jarro de orquídeas colocado encima de una mesita de hierro, junto á la cual estaban sentadas ellas. Kopovski estaba de pie junto á ellas, mirando los dibujos por encima de sus hombros. Llevaba todo un traje blanco, medias negras, y fumaba un cigarrillo sacado de una cigarrera que había colocado encima de un jarro de flores al alcance de su mano.

—¡Buenos días!—dijo Osnovski.—¿No es verdad que son preciosas mis orquídeas? ¡Qué flores tan raras!... Tengo una carta para tí, Estefanía. Léela en seguida: me parece que conozco la letra.

La señorita Ratkovski rompió el sobre y se puso á leer. De pronto su rostro se puso encendido como

la grana, é inmediatamente después, se puso pálida como la cera. Osnovski la miraba lleno de curiosidad, hasta que, después de terminada la lectura, la joven le mostró la firma, diciéndole:

—¡Lee!

—¡Ah!—exclamó Osnovski, que comprendió entonces de lo que se trataba.

—¿Puedes concederme un ratito de conversación?

—Estoy á tu disposición, niña mía,—contestó Yozio.

Los dos se alejaron.

—¡Al fin estamos solos!—murmuró Kopovski.

Lineta no contestó. Cogió la cigarrera de piel de Kopovski y se acarició ligeramente la cara con ella. El joven le lanzó una mirada, bajo cuya influencia la señorita Castelli pareció desvanecerse. Desde largo tiempo sabía ella perfectamente lo que tenía que pensar de él; mas á pesar de esto, la hermosura y la elegancia de aquel petrimetre le hacían hervir la sangre.

—¿Ha observado usted,—repuso Kopovski,—que desde algún tiempo para acá se nos viene espiando continuamente?

La joven, como si no hubiera oído la pregunta, siguió pasándose la cigarrera por la cara, y después de haberla paseado hasta por encima de los labios, dijo:

—¡Qué fino y agradable es su contacto! Pruébelo usted.

Kopovski tomó la cigarrera y la besó en el sitio mismo donde Lineta había apoyado sus labios. A esto siguió un breve silencio.

—Ahora nos tenemos que ir,—dijo la joven.

Tomando el jarro de las orquídeas, fué para colocar el estante de madera donde lo habían descolgado, mas no lo consiguió porque estaba demasiado inclinado.

—Déjeme V. hacer á mí,—dijo Kopovski.

—No, aquí podría caer y romperse. En el lado opuesto hallaré otro sitio mejor.

Esto diciendo, pasó al otro lado de la estantería, donde entre éste y la pared había un pasadizo estrecho. Kopovski la siguió. Llegada allí se encaramó sobre un montón de ladrillos, y colocó el jarro en la tabla más alta del estante, pero cuando se disponía á bajar, moviéronse los ladrillos y la joven se bamboleó. Kopovski, que estaba al lado de ella, la recibió rápido entre sus brazos y la atrajo á sí permaneciendo en esta situación durante algunos segundos.

—¿Qué hace usted?... ¡Esto no está bien!—murmuró Lineta, apoyando la cabeza en su hombro.

Pero, por toda respuesta, Kopovski la apretó más contra su pecho y aplicó su boca sobre los labios de la joven. Entonces la joven le echó los brazos al cuello y le besó con delirio. En su embriaguez no se habían apercebido de que Osnovski había vuelto á penetrar en el invernadero y les observaba con los ojos desmesuradamente abiertos y con el semblante pálido de estupor.

LIV

Entre tanto Zavilovski iba, ora á Varsovia ora á Bucineck, según las exigencias de los asuntos. Co-

mo sus bodas debían celebrarse en otoño, Polaniecki le había aconsejado que se buscara y dispusiera una casa. Además, su presencia era necesaria en Bucinek con motivo de sus relaciones con la señorita Elena. Esta, heredera universal de aquella cuantiosa fortuna, no había ocultado que su padre tenía intención de hacer un testamento nuevo, y hasta confesaba que la única causa que se lo había impedido había sido su inesperada muerte.

Tampoco le cabía duda alguna de que su padre hubiera tenido la idea de proteger al último representante de su nombre, y por lo tanto comprendía y confesaba que ella tenía un deber moral de cumplir la voluntad del difunto. En realidad, nadie podía figurarse la manera como ella quería reconocer á Ignacio, y antes de proceder á un inventario completo de todo lo que constituía la herencia, ni ella misma lo habría podido decir. Entre tanto le tocaba todo aquello á que él tenía derecho, como último vástago de la familia.

Bajo este concepto tuvo toda la plata, una importante y preciosa colección de armas, algunos caballos, que por de pronto fueron entregados á Polaniecki, y la colección de pipas de que tanto se había preocupado en cierta ocasión el señor Kopovski.

Fría é indiferente en apariencia á todo lo que pasaba en torno de ella, la señorita Zavidovski, gracias á la expresión de dura serenidad de su rostro, no podía conquistarse, ni buscaba la confianza de los demás; mas para su joven pariente demostraba una ternura casi maternal, como si hubiese heredado también de su padre su inclinación hacia el joven poeta.

Cuando supo por Polaniecki que Zavidovski estaba haciendo preparativos para su próximo casamiento, ella le entregó cierta cantidad de dinero con encargo de que la depositara en un Banco á nombre de su primo, pero al mismo tiempo de que por ahora no se hablase de esto.

Zavidovski, que tenía un corazón agradecido, puso á su prima un cariño fraternal, y ésto hizo que en poco tiempo se vieran unidos por una ternura y benevolencia recíproca. Esta especie de inclinación se transforma generalmente con el tiempo en esa amistad sólida y duradera que en las horas tristes de la vida nos puede servir de gran provecho.

Yendo y viniendo así de Varsovia á Bucinek, tuvo ocasión de conocer al profesor Vascovski, que había regresado de su largo viaje. Había visitado todas las costas del Adriático, lo propio que toda la península Balkánica; pero su estado de salud era en la actualidad tan alarmante, que Polaniecki le había hecho ir á Bucinek para que se le cuidara.

Zavidovski, que fácilmente se entusiasmaba por todas las ideas grandes, tomó un vivo interés hacia el viejo pedagogo y hacia su teoría sobre la misión histórica de los jóvenes arrianos, á pesar de que lo consideraba como un sueño hermoso, pero irrealizable.

Zavidovski, al igual de Svirski y de Polaniecki, había observado además que el profesor no quería referir sus viajes, y que, en cuanto se le interrogaba sobre este particular, se limitaba á responder:

—Nadie puede sustraerse á la esclavitud que Jesucristo nos ha impuesto.

Luego miraba delante de sí con los ojos inclinados como si buscara algo, y en sus venerables facciones se reflejaba una tristeza tan grande y un dolor tan profundo, que nadie se sentía con valor para hacerle nuevas preguntas.

El médico, mandado llamar al efecto por Polaniecki, declaró que la cocina demasiado frugal de los jóvenes arrianos había echado á perder el estómago del anciano, que estaba atacado de *marasmus senilis*.

A Zavilovski le pareció además haber notado que en el espíritu del profesor sucedía algo singular, eso es una lucha entre la fe en la idea por la cual había combatido hasta entonces, y á la cual había dedicado toda su vida, y la duda ó el terror de haberse equivocado.

Unicamente Zavilovski podía comprender todo lo trágico de semejante *ergo erravi*, al fin de una existencia, y esto le conmovía profundamente. Como poeta, cuya fantasía transforma todas las impresiones en imágenes poéticas, él se representaba un cuadro, en el cual un anciano con el corazón amargado por los desengaños sufridos y por las vanas esperanzas de toda su vida, está sentado en el umbral de su casa, aguardando á la Muerte.

Mas, por fortuna, el profesor no había llegado á un extremo tan desesperado. Realmente había sufrido muchos desengaños por causa de los jóvenes arrianos; pero su fe en la misión de esos no había decaído, y así se deducía de sus incesantes demostraciones. Ahora no hablaba ya de su *idea*, pero era evidente que la tenía siempre fija en su imagi-

nación, al igual de la manecilla de un reloj que se ha parado y que señala siempre la misma hora.

La mayoría de la gente le consideraba loco, mas él parecía no oír sus aseveraciones, expresadas á veces hasta en voz alta.

Sin embargo veía que Polaniecki y Marina le tenían cariño: y á despecho de todos sus desengaños, en su infinita bondad no había cambiado con respecto á los demás. Estimaba todavía á todos aquellos á quienes había conocido: Marina, Polaniecki, Svirski y hasta el mismo Maško. Seguía teniendo las mismas extrañas ideas sobre los hombres á saber que éstos, queriendo ó no queriendo servir para realizar un fin determinado, impelidos por la mano de Dios, de uno á otro sitio como otras tantas piezas de un tablero de ajedrez; y que los artistas como Svirski eran otros tantos enviados para mensajeros de paz.

En la misma categoría de Svirski había colocado al poeta Zavilovski, cuyas poesías conocía ya desde largo tiempo.

Cuando este le fué presentado por vez primera, le contempló durante algunos minutos, como si se hallara en presencia de un prodigio, y al otro día, mientras el joven estaba ausente y se hablaba de él durante el té, el viejo profesor levantó en alto un dedo, y con acento misterioso dijo, volviéndose hacia Marina.

—Es un enviado del Señor. Lo que el Omnipotente ha escrito en su frente, y cual quiera que sea el papel á que lo ha predestinado, ni él mismo lo puede saber.

Cuando Marina le hubo participado el próximo

casamiento de Zavilovski y el amor que ésta profesaba á la señorita Castelli, cuya bondad y belleza admiraba ella, el profesor, que la había escuchado con suma atención, añadió:

—También esa tiene su misión; también esa está predestinada. Dios le ha encargado la conservación del fuego sagrado, y se la debe honrar como á una elegida del Señor... ¡La mano divina está puesta sobre ella!

Permaneció en silencio durante algún tiempo, abismado en sus pensamientos, y luego continuó:

—Todo eso debe servir de guía á la humanidad para el porvenir.

La mirada que Polaniecki dirigió á su esposa, parecía querer significar que las palabras del profesor las consideraba él como las de un loco; mas éste cerró los ojos como sumido en una visión, y repuso:

—La vía láctea está en el cielo, y Dios, si quiere, podrá sacar de ella nuevos mundos. Yo creo que existe igualmente una vía láctea incorpórea, espiritual, compuesta de todo lo que los hombres piensan y sienten. En ella, en esta vía láctea incorpórea está comprendido: lo que crea el genio, los descubrimientos de la mente, el pensamiento artístico, el pudor de la mujer y la bondad y los dolores de los hombres. Nada se consume, porque aun cuando todo se redujera á polvo, de éste se formarían nuevos mundos por la voluntad divina. La joven debe ser una perla, porque Dios la ha predestinado á custodiar el fuego sagrado.

La llegada de Svirski interrumpió este discurso. A Marina no le cogió de improviso esta visita, por-

que ya sabía que el pintor vendría, ó que habría escrito para participarla el resultado de su demanda de matrimonio. Cuando entró en la sala, la miró de una manera tan singular, que Marina no pudo darse cuenta de lo que debía pensar de aquella mirada. Polaniecki vino en su auxilio, preguntándole:

—¿Desea usted ir al jardín con mi mujer? Sé que tiene usted algo que decirle.

—¿Se lo ha contado usted, pues, todo á su marido?—la preguntó Svirski en cuanto se halló á solas con Marina.

Esta se puso colorada, y como si hubiera cometido un delito, contestó:

—Stach se interesa mucho por usted y yo no tengo secretos para él.

Svirski la besó la mano.

—¡Oh! no quiero que usted se figure que me haya sabido mal, aun cuando no me he salido con la mía.

—¡Imposible!—exclamó Marina,—¡usted habla en bromá!

—¡Palabra de honor! Mas no se preocupe usted por eso. Ha sucedido lo que debía suceder. Si estoy aquí, eso quiere decir que no me he suicidado... ni tengo malditas las ganas de hacerlo, á pesar de que la cosa me ha salido atrozmente mal.

—Pero ¿por qué? ¿qué le ha contestado á usted?

—¿Por qué? ¿qué me ha contestado?—repitió Svirski.—Esto precisamente es lo que, no sin cierta amargura, me he preguntado á mí mismo. Confieso claramente que la inclinación que yo le tenía á la señorita Ratkovski no era mucha. Me gustaba, estaba convencido de que tenía un corazón bueno y

agradecido y por eso he pedido su mano. Ahí tiene usted la respuesta: le leo únicamente el final de la carta, porque el principio de ella está lleno de frases vulgares que usted misma puede imaginar. Leamos, pues: «No me hallo en el caso de consagrarle mi corazón por completo, como usted lo merece, porque tengo hecha ya mi elección, y si por esto no he de poder ser jamás feliz, no quiero hacerme acreedora en el porvenir al reproche de no haber sido sincera. Aquí han acaecido sucesos que me privan de escribir más extensamente; pero le ruego que me crea si le digo que le quedaré eternamente agradecida por la confianza que me ha demostrado y que todos los días rogaré á Dios para que usted pueda hallar un corazón que le comprenda y que sea digno de usted.» [Esto es todo!]

Tras unos breves instantes de silencio, Svirski continuó:

—Son sencillas maneras de hablar que, en conclusión, no significan otra cosa que: «Estoy enamorada de otro.»

—Indudablemente,—contestó tristemente Marina.—¡Pobre niña! De todos modos, su carta es digna y sincera.

—Precisamente por esto es por lo que lo siento. Ella no me quiere; muy bien. Es perfectamente libre de amar á otro: tiene este derecho; pero, ¿de quién está enamorada? Positivamente no lo estará ni de Osnovski ni de Zavilovski. ¿De quién, pues, lo estará? ¿De aquella cabeza de zanahoria, de aquel imbécil, de aquel periódico de modas, ideas de todas las camareras? ¿No se ha fijado usted nunca en aquellas hermosas figuras de hombre, estampadas

en los periódicos de modas? Pues bien, son exactamente sus retratos. Si lo colocaran en el aparador de una peluquería, todas las muchachas se atropellarían delante de los cristales. ¡Esto me da rabia!... Es una mala prueba para las mujeres, porque yo me digo: si tú fueses un Newton, un Rafael ó un Napoleón, y quisieras alcanzar el amor de una mujer, sería inútil, porque ésta prefiere una cabeza de peluquería hueca. ¡Todas son así!

—¡No todas, no todas! Pero usted como artista, debería saber lo que es el amor. Este flecha á uno de improviso, á despecho de toda clase de lógica.

—Tiene usted razón,—contestó Svirski algo apaciguado.—Dice usted que el amor flecha de improviso y á despecho de toda clase de lógica, y realmente el amor se parece á una enfermedad; pero hay enfermedades á las cuales son refractarias ciertas naturalezas superiores.

Todas estas palabras demostraban que el pintor no estaba muy enamorado, y de consiguiente Marina se tranquilizó completamente por esta parte. Pensando luego en cierta parte de la carta de la señorita Ratkovski, se detuvo de pronto y dijo:

—¿No le ha sorprendido aquella parte de la carta que dice: «Aquí han acaecido ciertos sucesos que me privan de escribir más extensamente?» ¿Tiene usted una idea de lo que puede haber acaecido?

—Probablemente Kopovski la habrá pedido en matrimonio.

—No lo creo, porque lo habría escrito. Si realmente está enamorada de él, es digna de lástima, porque á lo que parece esa muchacha no posee na-

da, y como Kopovski tampoco es rico, considero casi imposible este casamiento.

—Es muy cierto,—afirmó Svirski.—De que ella le ama, no cabe duda;—pero de que él se case con ella, eso es harina de otro costal.

Interrumpióse de pronto y luego añadió:

—Pero, ¿por qué pasa tanto tiempo en Pritulov?

—Ellas se divierten con él y él se divierte con ellas.

Esta vez no habló con sinceridad. Desde que Polaniecki le comunicó sus observaciones sobre las relaciones entre la señorita Anetka y Kopovski, eso no se le quitó de la memoria. La presencia del joven elegante en Pritulov, le parecía sospechoso, y deplorable la conducta de éste para con la señorita Ratkovski. Pero toda aquella intriga podía aparecer á la luz del día, y en este momento Marina estaba pensando, no sin inquietud, en las misteriosas palabras de aquella carta.

La catástrofe podía tener espantosas consecuencias, tanto por la señorita Ratkovski como por el excelente Osnovski, y hasta podía terminar en una tragedia.

—Mañana voy á Pritulov,—dijo Svirski.—Lo hago de propósito para dar á entender que no estoy enojado con nadie. Si realmente ha acaecido algo grave, no dejaré de comunicárselo á usted. ¿Está aún allí Zavidovski?

—No, hoy está en Varsovia. Mañana ó pasado mañana estará aquí en casa de su prima Elena. Hoy Stach va también á Varsovia. Mi amiga sor Angela está muy enferma y queremos ver la ma-

nera de traérsola aquí: pero como yo no puedo viajar, Stach se ha encargado de ir á buscar.

En aquel momento Polaniecki se dejó ver al extremo opuesto del paseo, y en cuanto reparó en ellos, se apresuró á ir á reunirseles.

—En este momento acabo de saber que hoy vas á Varsovia,—dijo Svirski;—si me lo permites, te acompañaré.

—Perfectamente,—contestó Polaniecki.

—Y dirigiéndose luego á su esposa, añadió:

—Tenía miedo de que te cansaras demasiado. ¿No quieres apoyarte en mi brazo?

Precisamente Marina deseaba eso mismo, y juntos regresaron á la galería. Una vez allí, Marina fué á dar órdenes para que sirvieran el té, y entonces Polaniecki se aproximó rápidamente á Svirski, diciéndole:

—He recibido un telegrama muy extraño y no he querido hablar de él á mi mujer. Osnovski me pregunta dónde está Ignacio, y me ruega por el cariño que éste nos inspira que me halle mañana yo en Varsovia. ¿Qué puede significar todo esto?

—¡Es raro!—contestó Svirski.—La señorita Ratkovski me ha escrito también que en Pritulov ha acaecido algo.

—¿Habría caído enfermo alguien?

—Si se hubiesen puestos enfermas ó la señorita Castelli ó la señora Bronicz, habrían llamado inmediatamente á Zavidovski.

—Y además, el señor Osnovski lo habría dicho en el telegrama.

Y los dos amigos se miraron uno á otro, poseídos de viva ansiedad.